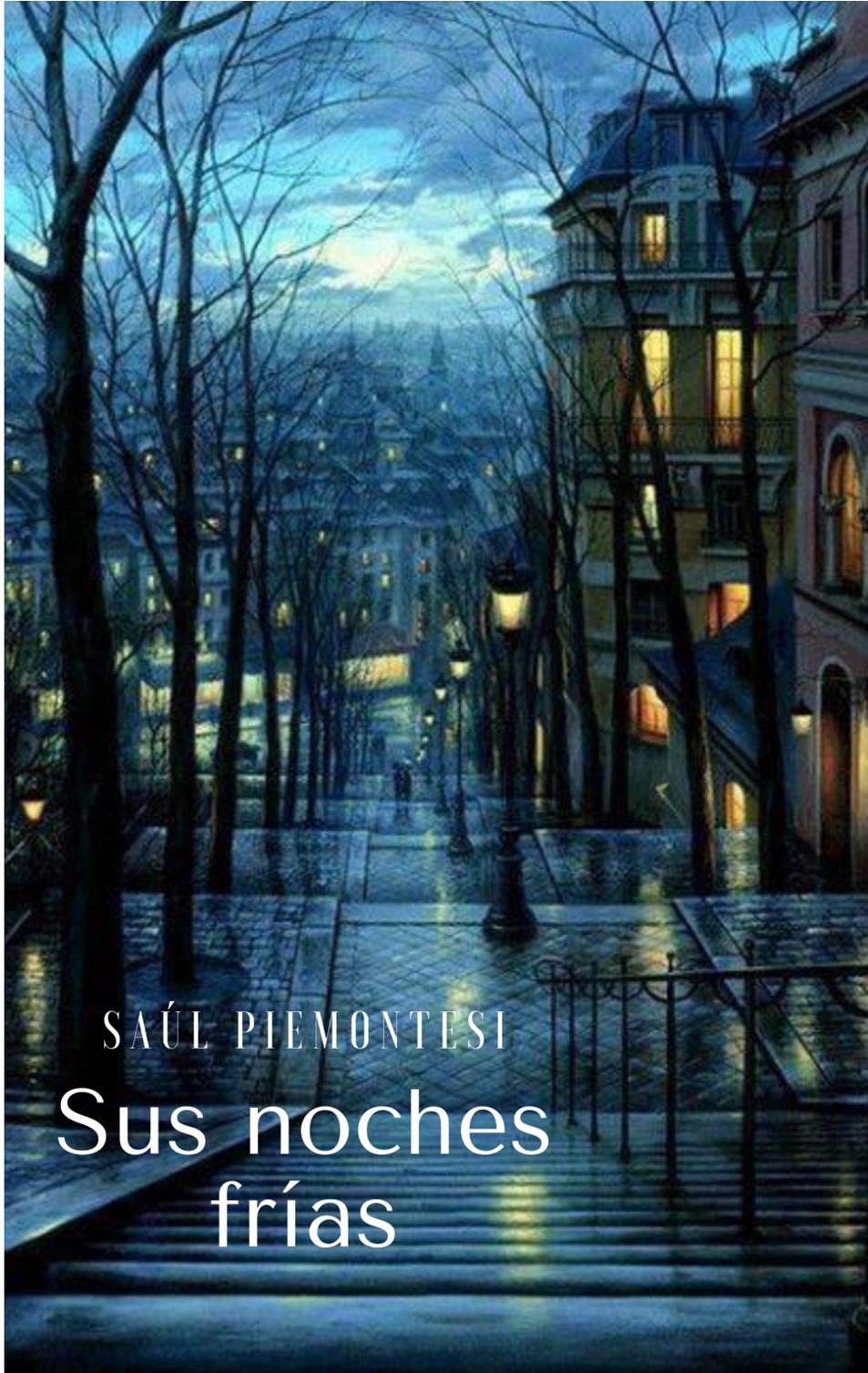


Sus noches frías

Saúl Piemontesi



SAÚL PIEMONTESE
Sus noches
frías

Capítulo 1

Sus noches frías

Ella cruza la calle ancha con paso rápido, las manos en los bolsillos y ojos casi cerrados por el viento helado que le da de frente. La noche se le antoja triste y más oscura que nunca. Mira hacia arriba y busca estrellas, cometas, luna, un poco de brillo... sólo ve un manto negro, pesado y uniforme que parece a punto de caer sobre ella. Piensa en un cielo que se desprende como una cortina y ríe en su mente a carcajadas. Sus labios helados, poco acostumbrados a la risa, se detienen a mitad de una sonrisa demasiado parecida a una salida de emergencia del pasillo tortuoso de su miserable vida. Algunas veces, caminando por el parque y disfrutando de las luces del ocaso que se filtra entre los edificios bajos, su melancolía le sopla al oído, en un ataque de lúcida sinceridad, que lo único que necesita para salvarse es volver a reír.

Alejar la vista de ese cielo plomizo y casi muerto la trae de nuevo al presente, a la calle desierta, a sus manos calientes y su nariz fría, a sus pies cansados y de pronto también a una tímida lágrima y a las primeras gotas de lluvia. Una, diez, veinte, cien, mil, un millón de gotas de agua y unas tantas lágrimas sobre el pavimento que ahora es negro como otro cielo nocturno.

Está empapada, helada y mirando hipnotizada al único faro encendido del otro lado de la avenida. Estaba apagado antes de cruzar y por eso ha dejado esa vereda: puede soportar la oscuridad arriba y abajo, pero no a su alrededor ¿No lo ha hecho ya lo suficiente? Se da cuenta que está parada en el único lugar de toda la calle en el que no hay cobijo contra el agua. Amaga otra vez con reír pero descubre que cuando alguien olvida cómo fabricar y soltar la risa eso es algo que no vuelve por instinto, hay que aprenderlo otra vez ¿Sabes cómo reconocer a una persona feliz? Es la que ríe en sus miserias. Ella, en cambio, es solamente miserable.

Lluvia, frío, viento, oscuridad... Es una mala noche, sí, pero no peor que la que tiene dentro. Le gustaría que la lluvia se lleve sus recuerdos hediondos como lo está haciendo con la basura de la calle.

¿No hay sonidos en este espanto de paisaje? ¿Ni una voz, ni una bocina, ni un ladrido, nada aparte del rugir del viento y el sonar infame de las gotas blandas sobre el cielo pintado en el suelo? ¡Oh, sí, claro que hay! Sus pensamientos hacen ruido. Hablan, gritan, rugen, resuenan, la ensordecen. Mientras más voces explotan en su cabeza más truenos estallan entre las nubes. Cierra los ojos y se encuentra con su propia oscuridad. Debe escapar rápido de allí. Abre los ojos y un relámpago le da la bienvenida. Por un segundo el mundo es otro, más claro y amigable. Se pierde su pensamiento en los detalles que se le revelaron durante ese

breve romperse de la tormenta: las fachadas de las casas, el verde de los árboles, la insuperable belleza de un cielo gris. Luego recuerda que al relámpago le sigue el trueno ¡No, no grites, no grites! Y la espanta el estruendo inevitable. Las lágrimas siguen cayendo, lo siente, pero son como las gotas de lluvia, igual de frías y tan... efímeras. Ya no tiene ganas de llorar y a eso sí lo puede controlar. Se seca los ojos con el dorso de una mano tibia y la sensación es hermosa. Parece que el cielo la imitara porque de a poco y sin aviso está dejando de llover. Es gracioso, piensa, y cierra los ojos de nuevo esperando inocentemente que al abrirlos el cielo vuelva a resplandecer para ella y... ahí está el relámpago pintando un cuadro de amanecer y yéndose tan rápido como ha venido ¿Otra vez? Sí, ¿Por qué no? Ojos cerrados, ojos abiertos, centella. Ojos cerrados, abiertos, resplandor.

Y sonrío. Sonrío con los labios y los ojos. Hay un cosquilleo olvidado en su garganta que amenaza con hacerla gritar. No, no gritar, ireír!; ¿Podría ser que...?

Y río. Río a carcajadas. No lo entiende, no lo esperaba, no lo quería pero río y su cuerpo se dobla, las rodillas le tiemblan, el pecho se infla y encoje. Su risa está por sobre todas las cosas y a través de cualquier oscuridad. Aplaude y viene el trueno. Una, otra y otra vez. Ahora no puede (ni quiere) parar de reír.

Ser feliz, se dice, es reírse de sus miserias.

Qué buena noche, al fin.

Qué buena risa.